

CUENTO

LÓPEZ

JAVIER GIL GALLEGO*

* Escritor, cinéfilo. Historiador Universidad de Antioquia. Miembro del taller de literatura y poesía Jaime Jaramillo Escobar X-504. Biblioteca Pública Piloto, Medellín.

El bus de las siete y diez se retrasó. Pasó a las siete y trece. No lo entendió como un presagio de todo lo que el tiempo iba a hacer de él en aquel fatídico día.

Cuando López miró el reloj eran las once y quince, pero su estómago, implacable, le anunciaba las doce. ¿Dónde estaban esos cuarenta y cinco minutos que su vientre infalible reclamaba? López llevaba veintiocho años, cinco meses y dos días laborando en la empresa; y por primera vez lo hostigaba el hambre antes del mediodía. Tratando de buscar el origen de su trastorno orgánico, repasó el recorrido de ese martes, igual a cualquier día laborable de la semana, de cualquier semana del mes, de cualquier mes del año. Iniciaba a las cuatro y cuarenta y cinco. Madrugar era una costumbre heredada de su padre,

que no consentía que nadie continuara en la cama después de la salida del sol. El sol, argumentaba, es el ojo del universo y como tal abría los demás ojos. Despertaba a su mujer para que se encargara de levantar a sus hijos y preparar el desayuno. Prendía la luz del baño: se afeitaba, bañaba, atusaba los bigotes, recomponía las patillas, peinaba los rebeldes y entrecanos cabellos con gomina y masajeaba la cara con loción para después de la afeitada. A las cinco y treinta salía del baño. En el espejo del escaparate, culminaba su ritual diario de vestirse. A las seis se sentaba a desayunar. Terminaba su desayuno a las seis y veinticinco. Se cepillaba los dientes, se retocaba frente al espejo, buscaba la chaqueta, la ajustaba al cuerpo, y cuando el reloj, herencia de su suegra, daba la séptima campanada, recibía de su esposa la bendición arrodillado frente a la imagen del Sagrado Corazón de Jesús que custodiaba la sala. Caminaba con soltura, las tres cuadras que lo separaban de la avenida, a donde llegaba a las siete y nueve. La ruta de Las Cruces, la que lo trasladaba al centro de la ciudad, pasaba cada cinco minutos.

—Como quedó consignado al inicio del relato, ese día el bus se retrasó y no estuvo en el paradero a las siete y diez—. El bus tardaba en su recorrido de treinta y seis a cuarenta minutos. López llegaba a la portería de la empresa entre las siete y cuarenta y siete, y las siete y cincuenta y tres. Ese día llegó a las siete cincuenta y siete. Marcó su tarjeta de ingreso a las siete cincuenta y ocho. En su puesto de trabajo estuvo a las siete cincuenta y nueve. Desde ese momento sintió que su día no iba a ser el mismo: el reloj le mostraba su desacomodo temporal en cuatro minutos. Colgó la chaqueta en el perchero, se colocó los guardapolvos y abrió el libro de cuentas a las ocho y dos, hora que señalaba el reloj instalado en la pared de la oficina de contabilidad, en cuyo departamento, López había pasado la mitad de su vida como tenedor de libros. Se paraba de su escritorio, a las doce para ir a almorzar a su casa y regresar a la una y cincuenta y cinco. Por qué tenía hambre, si estaba acostumbrado a ayunos diarios de entre seis y siete horas: 6:00 a. m., 12:45 p. m. y 6:45 p. m. Qué pasaba en su cuerpo, aquel dieciséis de agosto, que su organismo con tanto tiempo avisado, domesticado, trajinado, se rebelaba de esa

manera absurda: cuarenta y cinco minutos, tres cuartas partes de una hora, la octava parte del tiempo real que siempre había dispuesto entre las comidas. Miró su reloj de leontina, anhelando que el de la empresa tuviera un desperfecto, pero los encontró separados por veinte segundos, que en nada atenuaban su situación. Ambos marcaban las once y veintinueve. Tendría que ir por primera vez a pedir un tinto o un vaso de agua para disminuir el calor que le hacía palpar las sienes. La imagen del pocillo y el vaso la tuvo que pasar con un trago de saliva, que bajó con dificultad por la garganta. Quiso desabotonarse el chaleco y aflojarse la corbata, pero pensó en su apariencia física, parte importante del trabajo, que lo mostraba ante los demás como un hombre recto que se ganaba la vida siendo un subordinado ejemplar, así lo demostraban las placas alusivas a su fidelidad a la empresa, que fundara don Luis Úsuga en 1945, y que ahora regentaba su hijo Luis Úsuga Montoya, hombre educado desde niño para regir los destinos de Luis Úsuga & Cía. Ltda. Su estómago lo estaba apartando de sus actividades y él no se podía distraer, le debía mucho a la empresa que le dio un sentido a su vida. ¿Qué es el hombre sin un quehacer? Son complementarios: el hombre y el trabajo. A las once y veinticinco volvió a levantar los ojos y se encontró con la mirada del supervisor. Se sintió examinado. Trató de volver sobre el libro para confundir a González. Estaba seguro de que después vendría el interrogatorio y a él no le quedaría otra salida que aceptar su culpa. Le llamarían la atención por primera vez, sería una mala nota en su hoja de vida. Cogió su estilógrafo e intentó retomar la escritura que había abandonado a las once y quince. De su mano no salía nada, su cabeza se había aliado con el estómago y entre los dos le estaban ocasionando un mal momento. Si el cerebro controla todos los actos, a él por qué lo estaba esclavizando el estómago. Cerró los ojos e imaginó el almuerzo: percibió el aroma del guiso, vio la sopa humeante, el color de la ensalada, el pernil del pollo; la boca se le llenó de saliva, un extraño placer inundó su cuerpo. Regresó de ese ataque de lujuria. Sintió un breve escalofrío a las 11:31. ¿A qué extrañas circunstancias estaba obedeciendo? A un mandato de la carne en su más vil envoltura: la comida. ¿Qué iba hacer él que nunca se levantaba

antes de las doce? Uno tiene que vivir con la reputación intacta. La responsabilidad es social, y después individual. Es una obligación del hombre ser un paradigma, servir de guía, y él sabía que tenía que hacerlo: era el trabajador más antiguo de la oficina y uno de los más veteranos de la empresa. Estos pensamientos rondaban la cabeza de López, mientras su estómago lo seguía apurando a las once y treinta y siete. Faltaban veintitrés minutos, se sentía por la mitad del suplicio al que lo sometió su estómago; creyó ser portador de una extraña enfermedad. López tuvo de nuevo un llamado a la cordura, y recordó que lo mejor para manejar las crisis son los ejercicios respiratorios; lo aconsejaban los programas de salud que veía los domingos después de llegar de la Santa Misa. Inhalar, contener el aire y exhalar. El efecto fue contrario: la respiración se le agitó, tuvo la sensación de tener la cabeza metida en una bolsa plástica, donde con cada aspirada agotaba el oxígeno. Sus colegas no se enteraron de su trastorno, porque empezaban a abandonar sus labores; lo hacían entre las 11:41 y las 11:43: las mujeres para ir a arreglarse al baño, mientras conversaban; los hombres para tomarse un tinto, hablar de fútbol y política. Otros se iban con cualquier pretexto: para encontrarse con sus amantes, jugar billar, o ir a sus casas a almorzar y hacer la siesta. El tiempo, todos lo dilapidan, y en algún momento de la vida buscan recuperarlo. Al tiempo hay que exprimirle cada segundo, dogma de vida de su padre, que definía al tiempo como oro: las cosas adquieren valor según el trabajo invertido; con estos sabios pensamientos buscó tranquilizarse. Pero a las once y cuarenta y cinco tuvo un nuevo ataque de debilidad y se preguntó: ¿por qué no seguía el ejemplo de sus compañeros y simplemente se iba? O pedía un permiso, o se inventaba una urgencia, como lo hacían sus colegas de trabajo. Experimentó un extraño sentimiento de culpa: estaba pecando. Se distraía de sus ocupaciones: era un robo. Su estómago lo acosaba: era gula. Pensar en ello: era ocio. Recordó que en los momentos aciagos hay que buscar la paz en el Señor: Padre nuestro que estás en los cielos... Era indigno rezar así: sin arrodillarse, presionado, confundido; como lo hacen los pecadores arrepentidos, los no practicantes; pero si lo hacía quedaría en evidencia, y si lo veían rezando con los ojos cerrados

asumirían que estaba dormido. Cada vez los retos lo alteraban más, y pensó en Jesús cuando fue tentado cuarenta días y cuarenta noches. Si él, solamente apremiado durante cuarenta y cinco minutos, se sentía morir, cómo habrían sido para Nuestro Señor las tentaciones, con seguridad entre ellas estaba la del estómago exigente. Se secó el sudor, girando la cara, pretendiendo que nadie lo viera. Se serenó, como si el pañuelo fuera un espejo que le hacía un llamado de atención para que fuera prudente. Reflexionó y llegó a la conclusión: la supervivencia es la de todos los días, el destino es esa serie de imprevistos con que nos castiga la vida. No pudo especular más, su estómago lo llenaba todo, se estaba obsesionando. Le empezó a doler la cabeza a las once y cuarenta y nueve; le faltaban once minutos, ya llevaba las tres cuartas partes del suplicio, a su mente perturbada la cruzó una idea: sufrir con estoicismo y ofrendarlo al Señor, el padre Anselmo estaría de acuerdo, porque lo que le estaba ocurriendo sólo lo podría saber su confesor y para tener constancia miró el reloj que ya marcaba las once y cincuenta. Se sintió estropeado y pensó en la jubilación. Él se había sentido bien, pero el deterioro del ser humano se inicia con un breve llamado de atención, ya sería el momento, había estado sobre la faz de la tierra durante veinte mil cuatrocientos diez días, once horas, cincuenta y un minutos y cuarenta y tres segundos. Retomó los ejercicios de respiración, aspiró profundo pero no pudo reemplazar la sensación de falta de comida con aire. Su cabeza repercutía al ritmo del corazón. ¿Y si se iba? Todos lo hacían. Él no era como todos, él era Gabriel Antonio López Restrepo. Continuó reflexionando: es muy complicado cuando uno tiene la vida resuelta y aparecen estos imprevistos que le mueven la existencia, uno tiene un camino y por él transita, nada ni nadie lo puede desplazar, el hombre es un poco Dios por su voluntad, que lo hace un ser sagrado. Se empezó a enojar con él mismo, tratando de demostrarse que no era un ser irracional como para que el estómago le manejara la vida. De nuevo hizo uso del pañuelo y aprovechó para mirar la hora en su reloj de bolsillo; comprobó que marcaba las mismas once cincuenta y tres del reloj de la pared. Calculó que le faltaba la séptima parte del suplico. Señor... pero su cabeza, que resonaba como un tambor,

le impidió pensar en Dios. Esperó que saliera Matilde, la secretaria, para soltarse la corbata. Ella salía a las once cincuenta y cinco. Se exasperó: estaba perdiendo las riendas de su propia vida. Y por su cara, cuello, manos, surgió un sudor pegajoso para el cual no daba abasto el pañuelo; se secó con el guardapolvos. Una gota de sudor cayó sobre el libro; buscó el secador, no lo encontró, se indignó, actuó instintivamente: la secó con el pañuelo, quedó un manchón donde fueron a parar otras gotas, que le llenó de presagios el fin de la mañana. El libro se le desvanecía ante los ojos. Su cabeza empezó a ser llamada por la ley de la gravedad. Perdería el conocimiento. Tendría que apartar el libro, no lo pudo hacer. Sentía el segundero caminar lentamente sobre la esfera plateada. Calculó que le faltaban doscientos ochenta y cinco segundos, para que su cuerpo dispusiera de él. Por ahora ese tiempo era de Luis Úsuga & Cía. Ltda. Pretendió orar, pero de sus labios sólo salió un pequeño reproche: ¡Dios mío: dónde dejaste las doce de este día! No se podía levantar, ni alzar la cabeza del libro de cuentas. Ya no sólo le tocaba esperar hasta las doce, a su vida le tocaba aguardar hasta las dos de la tarde, para que algún compañero diera fe de que López jamás se había parado de su puesto antes de las doce del día en sus veintiocho años, cinco meses, dos días, cinco horas, cincuenta y seis minutos y cuarenta y cinco segundos, que llevaba trabajando para Luis Úsuga & Cía. Ltda. Intentó invocar a Dios, nada llegaba a su mente perdida, sólo recordaba con precisión el NIT de la empresa y mientras perdía el conocimiento lo fue recitando: 890.565...